

MARIANDINA II

JUAN AZOR - GONZALO GLORIOSO
PABLO PHILIPPENS - GONZALO RUIZ
FRANCISCO PÉREZ OSÁN - EZEQUIEL DERHUN
IGNACO DE LA ROSA - DANIEL CALIARES
JUAN MARTÍN ALONSO - FEDERICO FAYAD
PABLO VILLARRUEL

COOPERATIVA
DEL LIBRO

Ilustración: Gonzalo Glorioso

© 2017

Pablo Villarruel
Francisco Pérez Osán
Gonzalo Ruiz
Pablo Philippens
Daniel Calivares
Ignacio De la Rosa
Ezequiel Derhun
Federico Fayad
Gonzalo Glorioso

Philippens, Pablo

Mariandina 2: otras historias de la vida en una cancha de fútbol
Pablo Philippens; Federico Fayad, Gonzalo Glorioso.
1ed. - La Plata: Universitaria de La Plata, 2016.
69p. ; 23 x 15 cm.

ISBN 978-987-595-300-0

1. Novela de aventuras. I. Fayad, Federico II. Pérez Osán Francisco y
otros.

III. Título.

CDD A863

Libro de edición Argentina

Hecho el depósito que marca la ley 11723

MARIANDINA II

OJOS CIEGOS BIEN ABIERTOS

POR GONZALO RUIZ

—Sí, pibe, créame: era ciego, no veía, ciego de nacimiento. Una cosa nunca antes vista en el pueblo... Qué digo pueblo, nunca vista en el mundo. Ciego, ciego era el gran Dalmasio Leónidas Pasquinelli. Pero vio, pibe... Eran otras épocas, por eso supongo que solo atajó en El Progreso, no le dio para salir de acá. No había esas cosas de la tecnología, la televisión, vio. Pasquinelli atajó cinco años en El Progreso y desapareció, literalmente. Nunca más se lo vio por ningún lado. Eso me contó mi abuelo. Habrá sido por los años veinte, por ahí. Yo no tuve la suerte de verlo, pero vio, pibe... El boca a boca, todos saben algo de Pasquinelli, aunque le aseguro que hace tiempo que no hay nadie vivo que lo haya visto atajar. Una maravilla, el único arquero ciego de la historia.

Nunca pude publicar la nota sobre Dalmasio Leónidas Pasquinelli porque no di con un solo dato comprobable. Nada de nada. Solo encontré viejos que me hablaron de recuerdos de sus abuelos. De un ciego que atajó en los años veinte para un club de un pueblo patagónico que se caía del mapa, al sureste de Santa Cruz. No encontré un recorte de un diario, una planilla en la Liga, nada. “En los veinte no existía ni la Liga”, me respondieron. Fue como buscar un fantasma.

Mi jefe me dijo que esa nota era una payasada, que estaba basada solo en dudosos recuerdos de viejos borrachos, que, para eso, me inventara el personaje que quisiera, que daba lo mismo. Algo de razón tenía. Por algo me colgó la nota y me dijo que me dejara de joder con historias imposibles, que fuera más a lo concreto, lo comprobable, lo que uno ve día a día, que tenga los ojos bien abiertos, me dijo.

Yo había escuchado por primera vez la historia de Pasquinelli en un viaje que hice por el sur. En un bar perdido en Esquel, un viejo ginebrero me la contó

con tantos detalles que me cautivó. Viajé hasta Santa Cruz para buscar esa historia, que para mí era maravillosa. Quería reconstruir el relato de un ciego que atajaba. Un tipo que tenía tan desarrollado el sentido auditivo que se tiraba a la derecha porque sabía que la pelota iba a la derecha.

Hablé con mucha gente. Nadie lo había visto atajar, pero todos sabían de la historia de Pasquinelli, o del mito o de la leyenda, vaya uno a saber. Me contaron de un día en el que atajó un penal, de cómo cortaba los centros, de que tenía un perro lazarillo que se llamaba Mefistófeles pero que solo respondía al nombre de Mefi, menos mal.

Pasquinelli vivía solo, en una piecita que quedaba al fondo del club El Progreso. Un tipo que cuidaba la cancha le hacía de comer todos los días. Después, para todo lo demás, se las arreglaba solo. Había llegado de Lobos, provincia de Buenos Aires, se presentó en el club y dijo que era arquero, todos se le cagaron de risa, pero insistió hasta que aceptaron y le patearon un par de pelotas como para cumplir. Fue ahí cuando Pasquinelli los sorprendió por primera vez, porque atajaba casi con los mismos reflejos que cualquier arquero vidente.

Fui a El Progreso y, cuando pronuncié su apellido, hasta los más pibes me hablaron maravillas de él. Eso sí: no había ningún registro. Solo escuché historias de abuelos que habían pasado a los hijos y luego a sus nietos y así. A veces sospechaba que, mientras más tiempo pasara, Pasquinelli se convertiría en mejor arquero.

Estuve una semana reconstruyendo el paso de Pasquinelli por El Progreso. Pude armar una historia interesante, pero no había manera de comprobar ni siquiera si Pasquinelli se llamaba Pasquinelli. Fue una de esas notas que nunca salen y quedan a la eterna espera de ser publicadas. Con el tiempo, me olvidé de Pasquinelli y me dediqué a buscar historias más convencionales y menos interesantes.

Habrán pasado diez años hasta que una tarde, mientras cubría un partido de Luján de Cuyo con Cipolletti de Río Negro, por el Torneo Argentino A, leí en las planillas que en el banco de suplentes de Cipo había un tal Pasquinelli: Darío Leonardo Pasquinelli.

Cuando terminó el partido, lo fui a buscar al vestuario. Me presenté, le conté la historia de Dalmasio Leónidas y le pregunté si tenía algún parentesco, si sabía algo.

—No sé nada, nada... Perdón, tengo que subir al colectivo.

—¿Nada de nada? ¿Nunca un tío o alguien de tu familia te contó algo?

—No, no... No te puedo decir, chau.

—¿Cómo que no me podés decir? Entonces, sabés algo.

—Bueno, sí, pero no tiene importancia, dejá.

—Por favor, dame un número donde pueda llamarte, algo, no me dejés con esa intriga.

—Bueno, anotá.

Hablé con Darío Pasquinelli después de llamarlo durante dos semanas. No me contó nada importante. Me dijo que hablar por teléfono era muy comprometedor, que si quería saber algo viajara a Cipolletti y allí hablaríamos tranquilos. Apenas pude partí al sur en busca de una historia que había vuelto después de tanto tiempo.

Darío tenía veinte años, había nacido en Cipolletti y toda la vida jugó en Cipo. Estaba alternando en el banco de primera y jugaba, por lo general, en la tercera. Vivía con una tía, que lo había criado porque sus padres habían muerto en un accidente poco claro. “Cosas de los setenta, la Jota Pé, épocas bravas”, se limitó a decirme.

Me contó que Dalmasio Leónidas era su bisabuelo, que después de pasar por El Progreso, se fue a vivir a Cipolletti. No sabía por qué, ni sabía bien qué hizo. Eso sí, jamás había vuelto a jugar al fútbol. Nunca más pudo atajar, por un problema en las manos.

En Cipolletti, según el relato de Darío, su bisabuelo conoció a Edelmira, su bisabuela, una prostituta de renombre en aquellos años. Se fueron a vivir juntos y tuvieron tres hijos. Dalmasio murió a mediados de los cincuenta, en el olvido, pero feliz de haber formado una familia y convencido de que Perón era lo peor que le podía pasar a este país. Hasta ese momento, yo no sabía nada de las inclinaciones políticas de Dalmasio, menos de su costado gorila.

Darío me mostró pocas fotos muy viejas, mustias, en las que aparecía Dalmasio con lentes negros y boina. En una posaba contra un arco, con Mefi a un costado —supongo que era Mefi— y con una pelota al otro. Parecía un tipo feliz.

Me emocionaba, después de tantos años, haber dado con esta historia. No podía creer que nunca antes hubiera salido a la luz. Era un notón, un golazo al ángulo, como decimos los periodistas deportivos, tan poco originales.

En el medio de la charla, Darío se puso muy serio, como si se hubiera acordado de algo que lo preocupaba mucho. Cambió su cara amable por un gesto adusto, guardó las pocas fotos que había desparramado por la mesa y me miró firmemente a los ojos. Sentí cómo su mirada se clavaba en la mía.

—Tengo que decirte algo.

—Sí, contame. ¿Qué pasa?

—Vos no podés escribir nada sobre mi bisabuelo.

—¿Por qué? Es una historia hermosa.

—Sí, sí, ya sé, pero no podés.

—¿Por?

—Todavía no te muestro algo que es muy importante. Cuando lo veas, vas a entender todo.

—Dale, mostrame, porque ahora no entiendo nada. Además, acordate de que soy periodista, me va a matar la curiosidad.

—Vení, acompañame.

Darío me llevó al sótano de la casa. Un fuerte olor a humedad y a orina impregnaba el ambiente. Me hizo acordar a los baños de muchas canchas. Encendió un foquito pequeño, de luz casi naranja, que alumbraba poquísimo.

Desde un rincón, corrió un baúl bastante grande y lo abrió ante mí. Jamás creí que iba a ver lo que vi.

—¿Ahora entendés? ¿Te cierra por qué mi bisabuelo era tan buen arquero sin poder ver, entendés por qué muchos años después le cortaron las manos a Perón? Es todo muy claro: todo está en este baúl. Por eso te pido que no escribas nada, porque podrías cambiar la supuesta historia oficial, aunque, en realidad, dudo que te crean.

No pude hablar. Solo atiné a salir de ese sótano, llegar al auto y volver a Mendoza. Me sentí adentro de una película de terror. Nunca olvidé lo que vi en ese baúl. Pero les puedo asegurar que la historia es mucho más sencilla de lo que piensan.

Solo hay que tener los ojos ciegos bien abiertos.

EL TROPIEZO

POR EZEQUIEL DERHUN

A El Tropiezo se ingresa por una única ruta. Un kilómetro antes de llegar, un cartel corroído y con algunos balazos deja entender un "Bienvenidos". Debajo del cartel, clavado a una de las patas que lo sostiene, otro más pequeño dice: "300 habitantes, un equipo de fútbol". Eso fue lo único que llegué a escribir sobre mi primera crónica de viajes, en mi primer trabajo para la revista.

Sucede que El Tropiezo es un lugar que no es muy distinto de algún que otro pueblo en el secano cuyano. Hay una plaza cuadrada y a su alrededor se teje la vida social de los tropecenses. Iglesia, comisaría y delegación municipal forman la trinidad para el orden y la fe, que se completa con la salita de emergencias. Alguna que otra casucha que aún resiste con paredes de adobe y el infaltable almacén de ramos generales con un anexo como cantina, donde recalán los habitantes para los eventuales festejos y oportunas borracheras. Solo la iglesia parece salvarse de cierto estado de abandono.

Pero El Tropiezo tiene algo que no tiene ningún pueblo: todas las edificaciones que mencioné están contenidas en tres de las cuadras que circundan la plaza, la cuarta cuadra es ocupada por completo por una cancha de fútbol, toda la vereda que da al este es abarcada por el campo de juego. ¿Cómo llegó una cancha allí? Bueno, el letrero que dice "Estadio El Tropiezo" tiene pocas pistas. La leyenda que dice "Inaugurado por..." tiene un golpe como si fuera de un hacha y ya no se puede leer quién tuvo el privilegio del corte de cintas.

De aquel verde césped que dicen que tuvo, solo queda un tierral y varios yuyos, sobre todo en las esquinas. Y posee la particularidad de tener un solo arco. A su alrededor, las tribunas y un improvisado camarín también parecen estar a la mitad. Lucas, un pequeño de ocho años, intenta todos los días en el círculo cen-

tral hacer cien jueguitos sin que la pelota toque el suelo; su récord es trece.

De un par de charlas casuales con los lugareños, todas las pistas para determinar el porqué de esa cancha en ese lugar apuntan a Roberto García Fúnez, ex-delegado municipal. Sin embargo, su paradero hoy es desconocido o, al menos, nadie dice saber dónde está, mucho menos en la delegación municipal.

“El tipo era entrador”, anticipa María María, la mujer que los consultados señalaron como la indicada para hablar sobre la cancha, García Fúnez y otras cosas más.

María María, así como se lee, emerge detrás de una vieja caja registradora del almacén; está a cargo del negocio hace cuarenta años. Las canas y las arrugas delatan décadas, pero el tono de voz demuestra firmeza y sus blanquecinas manos son rústicas y poderosas. En dos movimientos ata su melena grisácea, como para atajar los recuerdos que va a narrar. Cuenta que García Fúnez llegó un día después de una semana de ausencia con una foto en una mano y un maletín en la otra. En la imagen aparecían él y el gobernador, abrazados y con sonrisas desparramadas en los rostros; en el maletín había varios fajos de dinero.

“Lo de la cancha fue rapidísimo”, agrega María María, mientras se acaricia el mentón y cuenta datos certeros sin ribetes ni demoras en los detalles. “Era otoño y antes de fin de año ya estaba casi terminada. El tema de formar el equipo tardó un poco más”.

Cuando María María se pone a hablar, quien pasa a su alrededor hace como que no escucha y sigue con sus tareas. No es la autoridad, pero hay un genuino respeto.

La inauguración fue cerrando un marzo infernal, el verano parecía no terminar nunca y por las tardes no había sombra que se compadeciera de nadie. Hasta ese día, García Fúnez había mantenido en secreto el armado del equipo local y el rival era sorpresa. Pero en un pueblo minúsculo, todos sabían que la formación de El Tropiezo iba a salir a la cancha integrada por policías y empleados municipales, leales a García Fúnez.

Aquel día, ya atardeciendo, todo el pueblo se acomodó en las gradas a medio terminar. Los mates pasaban de mano en mano acompañados por tortitas con chicharrones. Cada uno de los habitantes vio formarse en la cancha lo que era un secreto a voces. Así, el flamante equipo de El Tropiezo salió al trote desde la comisaría, cruzó la plaza y se formó en mitad de cancha junto a los árbitros (el réferi principal era el párroco). Curiosamente, solo el vacío se vio del otro lado de la cancha. Verde era el color de la casaca.

García Fúnez, megáfono en mano, fue hasta el círculo central y anunció que en breve arribaría el contrincante. Mientras se movía pendularmente para que el megáfono no acoplara, dio a entender que los iría a buscar y que en minutos retornaría. Salió apresurado de la cancha haciendo gestos con las palmas hacia abajo, solicitando que todos se quedaran sentados.

Paciencia era lo que sobraba en El Tropiezo; nadie recordaba con precisión cuál había sido el último acontecimiento de magnitud para el pueblo en los últimos años. El viejo Gómez recordó la inauguración de la salita de emergencias, pero dudó y se puso a hablar sobre la primera vez que habló por teléfono. Los chicos, inquietos por instinto, no dudaron en meterse a la cancha para perseguirse mientras pateaban una improvisada pelota.

El anochecer no tardó en llegar. García Fúnez no aparecía y los jugadores ya se habían cansado de pelotear al arquero. Y como siempre parece haber un romance fugaz entre la nocturnidad y la épica, algunos chicos del pueblo se animaron a hacer un picado con el equipo oficial, marcando el arco ausente con ladrillos de la obra inconclusa. Los pocos y tímidos faroles le pusieron clima al pleito. El pequeño Lucas hizo una jugada magistral por izquierda y entró confanzudo al área hasta que la pierna de un cabo que pesa cien kilos lo frenó. ¡Penal!, gritaron desde las gradas. El chico acomodó la pelota en el único punto marcado en la cancha. Cerró los ojos y, cuando escuchó el silbato del árbitro, le pegó con alma y vida. Pero el grito de gol se ahogó con un poderoso estruendo.

Minutos antes, mientras la gente de El Tropiezo permanecía inamovible viendo el partido entre pueblerinos, María María se puso ansiosa y decidió ir a paso apresurado hasta la delegación municipal. García Fúnez estaba en el garaje. La mujer vio cómo cerraba de improviso el baúl del auto con su maletín adentro. En la historia debe haber cruces de miradas titánicas, pero nadie hubiera podido describir ese duelo.

Lo cierto es que mientras se definía el picado en el flamante estadio, con Lucas pateando en el punto penal, ese poderoso ruido retumbó en El Tropiezo y todos en las gradas se levantaron y salieron corriendo hacia el centro de la plaza; solo Lucas vio cómo se inflaba la red en el ángulo derecho. De la delegación municipal salió caminando María María, con los ojos enrojecidos e inundados de lágrimas. Fiel a su estilo, dijo: “Se fue”. También contó que no iba a haber partido inaugural y que se las iban a tener que arreglar solos.

María María hace una pausa en su relato. Un pequeño silbido se escucha cada vez que expira, sentada en su almacén. Posiblemente, sus pulmones estén en tiempo de tregua. La parte final de la narración la hace con los puños apretados.

Aquella noche, los suspiros de decepción levantaron una brisa triste que se mantuvo un tiempo en el pueblo. Luego aparecieron algunas versiones sobre la desaparición de García Fúnez. Algunos hablaron de un disparo, de que muchos sintieron olor a pólvora. Pero esa historia fue acallada por mitos folclóricos, poco creíbles, al menos para un extraño. Algo raro y malicioso se había llevado al exdelegado: luz mala, chupacabras, basilisco u otros demonios. Incluso nadie habló después de la sonrisa imborrable de Lucas por haber convertido el penal contra los grandotes y tampoco nadie se volvió a preguntar qué pasó con el juego de camisetas verdes.

“Bue...”, dice María María y se para detrás de la vieja caja registradora. Me pide que la acompañe afuera y se aferra a mi brazo para salir caminando. El sol cuarteja la tierra de la plaza; pocos andan por la calle. “Acá mucho no pasa, no sé qué va a escribir”, comenta la mujer después de soltarme el brazo y volver lentamente adentro del almacén, sin decir chau, a modo de despedida.

Cuando volví a la ciudad y entregué aquel único párrafo en la revista, mi editor me preguntó socarrón si ese era el principio o el final. Sin vueltas le respondí: “Esa es toda la historia”.

ÚLTIMO RECURSO

POR FRANCISCO PÉREZ OSÁN

Los problemas del club Libertadores de la Garma comenzaron casi inmediatamente después de su mejor momento. La llegada de un inversor de peso a mediados de 2003 había desembocado en una época de bonanza que parecía que no iba a terminar jamás: por primera vez en diez años habían comprado refuerzos, el director técnico era un profesional con experiencia y hasta le habían puesto luces al estadio, que en ese momento era poco más que una cancha con una tribuna.

Lamentablemente, jamás nunca dura demasiado y para comienzos de 2005 la situación había empeorado sensiblemente. Después de un subcampeonato que casi terminó en ascenso y de un torneo “aceptable”, el empresario que mantenía a flote al club desapareció sin dejar rastro. Lo que primero fue tomado como un misterio pasó rápidamente a ser considerado como la culminación de un vaciamiento más o menos total, ya que las cuentas de Libertadores demostraban que lo que había ganado el club durante los últimos años también había desaparecido.

El año siguiente fue malo sin ningún tipo de atenuante. Los jugadores que no fueron vendidos para pagar sueldos atrasados, en su mayoría vecinos de De la Garma, tuvieron que conseguir trabajos y colaborar para pagar alguna de las muchas deudas que quedaron. Con mucho esfuerzo, las cuentas fueron ajustándose y parecía que Libertadores podría salir adelante. Pero quedaba un obstáculo que parecía insalvable: no podían pagar la luz.

Las torres de iluminación del estadio habían sido una de las atracciones principales —después del fútbol, claro— para que los habitantes del pequeño pueblo se acercaran a la cancha. Cuando la crisis se hizo evidente, el miedo a que la

gente dejara de ir a los partidos hizo que nadie sugiriera ahorrar en energía. Al final de 2007, la deuda que Libertadores mantenía con la distribuidora era literalmente impagable. La comisión directiva (Joselo Gutiérrez, un abogado que había quedado prácticamente solo al frente del club) intentó, por todos los medios, hacerle entender a la empresa la delicada situación económica en la que estaban sumidos. Los representantes de la compañía se mantenían firmes en su reclamo de pago y lo único que hacían para ayudar era repetir el siguiente consejo: “Hubieran jugado menos de noche”. Joselo, cansado de explicarles que los consejos sirven para situaciones que todavía no se producen y no para el pasado, se rindió.

Armando Quijada había conseguido juntar a todos los jugadores que todavía no habían desertado. Esta reunión había sido decidida por Armando (director técnico, tesorero, canchero y voz del estadio de Libertadores de la Garma) y por la comisión directiva (Joselo). Lo primero en la lista del DT era intentar hacerle entender a los jugadores que todavía no habían desertado la gravedad de la situación del club. “Estamos en el horno”, explicó, haciendo gala de la economía de palabras que lo caracterizaba.

Completado ese punto, pasó al siguiente: buscar alguna forma de conseguir el dinero necesario para solventar los múltiples gastos de Libertadores, especialmente la cuantiosa deuda de luz que tenían con la compañía eléctrica. “¿Qué hacemos?”, dijo, llevando su fama de hombre de pocas palabras un poco más lejos de lo que la situación ameritaba.

Las ideas llegaron de a montones, pero, como suele pasar, cantidad no fue igual que calidad y tras cuarenta minutos de brainstorming, las únicas que parecían ser factibles eran realizar un sorteo con la camioneta de Joselo como premio —la comisión directiva no estaba de acuerdo— y vender tortas, opción propuesta por el Indio García, un dos grandote y entrador que se aguantó estoicamente las burlas de sus compañeros. La idea de hacer una kermés en medio de la cancha la tiró Benavidez, uno de los pocos “históricos” que quedaban en Libertadores. Para que aceptaran, argumentó que todos tenían experiencia en organizar ese tipo de fiestas y que llevaría a más vecinos que el torneo de truco con flor que había propuesto Miranda, el arquero. Para terminar de convencer a dos o tres indecisos, dijo que en la kermés igual podrían sortear la camioneta de Joselo y vender las tortas del Indio.

Quijada comenzó a organizar a sus jugadores ahí mismo, en el clásico esquema 4-3-3 que utilizaba para la mayoría de sus partidos. En el área sur puso a Miranda cortando entradas. Una línea de cuatro manejaría los stands de tiro al blanco, carrera de embolsados, venta de números para el sorteo y venta de tortas —esto último lo dijo mirando fijo al Indio, que sonrió por primera vez en toda la tarde—. En el medio ubicó el juego de embocar argollas —a cargo de Benavi-

dez—, las manzanas colgadas y un stand de comida chatarra. Finalmente, en el área norte quedaron el palo enjabonado, el plato con harina y un sector de descanso manejado por el Toro Anselmo, un nueve de área que ostentaba el récord de posiciones adelantadas del club.

La idea parecía un poco disparatada, pero Libertadores era un club de pueblo, y si iba a desaparecer, lo haría a su manera.

La convocatoria a la kermés había sido un éxito. Cerca de mil personas llegaron al estadio; fue la asistencia más alta a la cancha de Libertadores en por lo menos dos temporadas. En el ambiente había un dejo de esperanza que Joselo, malhumorado al ver su camioneta con un gran moño en el círculo central, no compartía. “Si todos dejan la mitad del sueldo acá, creo que todavía nos falta”, repetía. “Por algún lado se empieza”, era la respuesta de Quijada, que daba vueltas por la cancha dando indicaciones de último momento.

Los jugadores, acompañados por sus familias, daban lo mejor de sí. Habían jugado partidos trabados, finales contra rivales de toda la vida y partidos por la permanencia, pero estaban nerviosos como nunca. Quijada ya había tenido que separar un encontronazo en el tiro al blanco, cuando Rodríguez, un uruguayo que jugaba de cuatro, se negó a darle un premio a un participante que había disparado en el centro de la diana. “¡Estabas adelantado!”, gritaba desesperado, mientras levantaba la mano derecha. “¡Estabas pisando la línea, no te voy a dar nada!”, seguía. Quijada consiguió calmarlo, pero igual lo mandó al banco para evitar otros incidentes de ese estilo.

El Indio había sorprendido a todos en el puesto de tortas. La variedad de pasteles, tortas heladas y cupcakes que había preparado era soberbia. Si alguien se acercaba a comprar, le daba el menú completo: “Tenés selva negra, chocotorta, budín inglés, torta de manzana, brownies, Cabsha, scones de chocolate, donuts glaseadas —en este punto era generalmente que el interesado en comprar algo intentaba señalar lo que quería, pero el Indio levantaba la mano con un gesto que parecía significar ‘para que todavía no termino’ y continuaba con su infinita enumeración— red velvet, budín de arena, kugelhupf tradicional, pound cake cítrica, volcanes de chocolate y dulce de leche, strudel, key lime pie y torta maracuyá surprise. Esa receta es mía”. No faltó alguno que soltó una risita medio escondida ante el inglés del Indio y ante su hasta ahora desconocido amor por la repostería. Una mirada fulminante del dos alcanzaba para que las risitas de los vecinos desaparecieran, pero sus compañeros no tenían piedad con las gastadas.

El stand de Benavidez estaba repleto. Junto a Clara, su esposa, atendían a los cientos de personas que querían jugar y, de paso, hablar un rato con lo más cercano a una celebridad que tenía De la Garma. No era Benavidez, era su esposa. Clara era hermosa. Había ganado concursos de belleza y hasta llegó a participar de desfiles de diseñadores reconocidos en Capital. Benavidez nunca se había dejado de asombrar de que una mujer como ella le prestara atención a él, asombro

que era compartido por cualquiera que conociera a la pareja. Esto no les impidió, durante los años que llevaban juntos, ser algo felices.

Habían pasado algunas horas desde el comienzo de la kermés cuando Miranda dejó su puesto en la entrada y corrió a buscar a Joselo y Quijada. Su excitación era palpable. “Vino Mozo”, fue lo único que atinó a decir cuando encontró a la dupla dirigencial.

Cipriano Mozo era un empresario del trigo bastante conocido en la región. El poder que había acumulado a fuerza de dinero superaba ampliamente el de cualquier autoridad municipal de De la Garma y cualquiera de los pueblos cercanos. Sus negocios eran, en su mayoría, legales, pero siempre existió la sospecha de que andaba “en algo raro”. Cuando el club comenzó a tener problemas económicos, Mozo se había ofrecido a hacerse cargo, pero su oferta fue rechazada porque la mala experiencia con el anterior financiador estaba muy fresca. “¿Usted conoce el cuento de la vaca, la leche caliente y el quemado llorón?”, le preguntaron en esa ocasión, y Mozo se fue sin responder. Dos años después, la situación era distinta, y el propio Joselo le había ido a ofrecer en numerosas oportunidades que tomara las riendas del club. Ahora Mozo sí respondía, siempre con un no. No era una persona particularmente agradable. Una descripción acertada tanto de su forma de ser como de su físico podría haber sido “una mezcla de Guillermo Coppola y Benito Mussolini”. No hablaba mucho y, cuando lo hacía, no borraba de su boca una sonrisa torcida de superioridad que desesperaba a sus interlocutores.

La comisión directiva se acercó a saludar, esperando que Mozo se limitara a ladear un poco la cabeza y seguir de largo. Cuando el empresario respondió su saludo se sobresaltó. Hablaron sobre la kermés durante algunos minutos, hasta que Joselo, en un último intento de salvar el club (y su vehículo), le volvió a pedir que se hiciera cargo de la economía de Libertadores. “Justamente de eso quería hablarle”, le respondió, sonriendo de costado. Y, con la vista fija en el stand donde Benavidez y Clara seguían recibiendo gente, dijo: “He estado pensando y tengo una propuesta”.

Quijada, Joselo y Benavidez estaban solos en el vestuario.

—¿Vos me estás jodiendo? ¿Ese imbécil se hace cargo del club solo si lo dejo acostarse con mi esposa?

Benavidez estaba fuera de sí, pero había entendido más o menos bien cuál era la condición que Mozo había puesto para sacar al club de su delicada situación.

—Sí. Bueno, no fue tan directo, pero más o menos dejó entrever que un “encuentro” con Clara allanaría el camino para que las negociaciones por el control económico del club llegaran a buen puerto —explicó Joselo, mientras Quijada agarraba al jugador, que parecía dispuesto a matar a alguien.

—¡Dejá de hablar como un político de segunda línea, estúpido! ¿No ves lo que me están pidiendo? Además, ¿quién dice que Clara va a aceptar? Están enfermos. ¿Quién se cree que es, Robert Redford en Propuesta Indecente?

Quijada logró hacerlo sentar. Estaba serio y tranquilo.

—Mirá, Sebastián, no creo que sea una decisión fácil —Benavidez se sobresaltó; solo su madre lo llamaba por su nombre de pila—. Pensá que Libertadores está jugando un partido decisivo. Estamos perdiendo, pero podemos ganar. De repente un rival se le escapa a la defensa y corre solo contra el arquero. Vos podés frenarlo con una falta, pero te van a expulsar. El último recurso. Esta situación es así. Nos va a costar salir, estamos muy atrás, pero si queremos seguir necesitamos que te tirés con todo. El último recurso. Sé que es mucho pedir, y que nadie puede esperar que lo hagas, pero es lo que el club necesita.

Benavidez no podía creer lo que escuchaba. Un pedido desesperado de personas desesperadas. ¿Qué significaba Libertadores para él? Todo. Nunca había jugado en otro club, nunca había tenido otro trabajo. Clara lo había visto por primera vez en esa misma cancha.

Estuvo sentado unos minutos, con la vista perdida. Sin decir nada, se levantó y salió del vestuario.

La secuencia que definió el futuro de Libertadores de la Garma duró poco más de cinco minutos, pero para Benavidez pareció una eternidad. Entró a la cancha como ya lo había hecho cientos de veces, pero esta vez no se persignó, no intentó esquivar la línea de cal y no miró para la tribuna para saludar a la hinchada. Parecía perdido. Atravesó sin problemas la multitud que todavía disfrutaba de los juegos y se plantó ante Clara sin decir una palabra.

Desde afuera todo parecía normal. Benavidez se acercó y le dijo algo a Clara, que se rió un poco y le tocó el hombro. Se abrazaron y Benavidez pareció despertar de un largo sueño.

Buscó a Mozo con la mirada y lo encontró parado en el círculo central, solo. Esperando.

Benavidez caminó despacio hasta la mitad de la cancha. Miró fijo a Mozo, que sonreía de costado. Parecía querer decir algo.

—¡Reíte bien, hijo de puta! —gritó, antes de noquearlo de una piña.

El vestuario estaba en silencio. Jugadores y DT se habían desparramado en bancos y suelo. La kermés se había terminado hace algunas horas y la historia de Benavidez y Mozo, con su respectivo final, era conocida por todos. Decir que los ánimos estaban por el piso era poco.

La calma se rompió con la llegada de Joselo, que venía silbando “Luces de mi ciudad” lo más fuerte que podía. Todos lo miraron atónitos. Después de ver cómo Benavidez golpeaba a Mozo, se había puesto tan blanco que pensaron que iba a ser necesario llamar a una ambulancia, pero solo lo dejaron recostado a un costado del campo de juego. Solo se había levantado cuando la kermés se

había terminado y había que contar la recaudación.

El dirigente sonrió. Dijo, más o menos para sí mismo, que la tarde había tomado un giro de película al final. La oferta de Mozo parecía sacada de Propuesta Indecente; la piña de Benavidez, de Rocky; y la recaudación, de Milagros Inesperados. “Creo que llegamos, muchachos”, susurró, al borde de las lágrimas. Miró a Benavidez y le pidió perdón, llorando a más no poder: “Te pedimos una locura y lo único que había que hacer era vender tortas”. El Indio se quedó callado, pero sabía que la próxima vez que lo echaran por último recurso, nadie le recriminaría nada.

GAMBETEAN

POR JUAN AZOR

A los comprometidos de siempre...

“¡Dejalo llorar al pendejo, carajo! ¿Qué te importa si ya no es un niño? Dejalo llorar tranquilo. ¿O acaso no entendés nada? No seas boludo, pibe, ¿no tenés otra cosa que hacer? Salí de acá por favor; andate afuera. Sí, sí, claro que te estoy echando. Dejen de joderlo al pibe, ¡que llore tranquilo! Para eso es el vestuario, a ver si lo entendés. Lo que acá adentro pasa, acá adentro queda. ¿Quién carajos se va a animar a decirle maricón por estar llorando ahora? ¿Sabes por qué llora? Porque estaba ilusionado. ¡Todos lo estábamos! Hay que tener valentía para reconocer que todo se ha acabado, que el sueño se acabó casi sin poder torcer el rumbo. Y es parte de recuperar el orgullo para volver a levantarse y empezar de nuevo. ¿O creés que los grandes equipos se hicieron de la noche a la mañana? ¿Quién carajos te explicó el fútbol así a vos? Otro boludo bárbaro, seguramente. Ahora resulta que no se puede llorar después de una final, perdida sobre la hora y con una injusticia. Eso es orgullo, carajo; ¡amor es! Por los colores, por el compañero, por él, por vos, por mí. Acá cada uno se juega la vida en noventa minutos. ¿Que es fútbol nada más? Sí, puede ser, pero vos no entendés nada. Uno juega como vive. El apasionado deja el pellejo dentro de la cancha, el perezoso abandona sin contemplaciones ante el primer obstáculo y el corajudo arriesga más de lo que cree tener. Cada uno va con un objetivo por delante. Algunos, como vos, lo llaman trofeo; nosotros preferimos decirle dignidad. Es el honor que se pone en juego en cada partido; el pecho inflado con cada triunfo. ¿Vos lo viste correr a Diego después del gol con la mano a los ingleses? ¿Viste esa carita? Era una revancha, nene. Una revancha por toda la mierda de Malvinas, una revancha contra los invasores, contra los milicos de mierda y con los chicos que fueron y no volvieron como memoria. Fue una mano por vos y por mí. Por todos. Hubo

trampa aquella vez, es cierto, como hoy, pero a veces el de arriba se hace el gil. ¿O creés que la mano de Dios es un cuadro? Fue un ángel quien se subió a Diego en los hombros para ganarle arriba al Shilton ese. Tic, tomá Peter, andá a buscarla adentro. ¡Qué locura, qué momento glorioso! Y después el barrilete cósmico, esos pájaros verdes que parecían alemanes pasando junto a un “10” azul en un cielo mexicano. En la vida y en el fútbol siempre habrá revancha. Hay que tener los ojos abiertos para reconocerla, pibe. A la oportunidad, digo. Viene la pelota y hay que estar ahí para empujarla. ¡Tac: adentro y a otra cosa, mariposa! El fútbol es eso: momentos, rachas, oportunidades. ¿Que los amores perdidos duelen? Naaa, pibe, anda a preguntarle a uno que haya escapado un penal en una definición. ¡Eso duele! Si las piernas pesan cuando uno va a patear, imaginate lo que es volver queriendo que te trague la tierra. Pero qué lindo es esto, ¿no? Acá no hay ricos ni pobres. Un día celebramos nosotros y otro día les toca a ellos. Una especie de igualdad divina. Gana el que lo vive con pasión, con hambre, con intensidad... Miralo así: hay quienes van por ahí esperando una puta oportunidad y otros la piden siempre, gambetea, tiran paredes, eluden patadas traicioneras y le dan con comba al segundo palo. ¿Te suena? De un lado los especuladores, del otro los que van al frente. Los italianos, por caso, con su famoso catenaccio, siempre esperando un contragolpe para intentar encontrarse con la suerte. Y en la vereda de enfrente, nosotros, los argentinos. Y los brasileros también, eh, aunque ahora andan con una malaria que ni te cuento. ¡Si Sócrates, que era un filósofo dentro de una cancha, se levanta de la tumba, se vuelve a morir, pibe! Nada peor que traicionar la memoria, el estilo, la historia... Pero como te decía, esos son los que me gustan; los que juegan siempre, los que arriesgan hasta el último minuto buscando con una gambeta al destino. Y no es que crea que los otros están errados. Cada uno con su manual, sus virtudes y sus defectos, pero no me van los tibios. Por eso prefiero verlo llorar al pibe, dejarlo que se desahogue. Al fin y al cabo, cuando lloramos es porque hemos perdido algo, sea la vida o el fútbol. Está bien derramar lágrimas porque significa que algo que perdimos, que nunca volverá y que en definitiva nos importa. ¡Dejalo llorar a Lio! A esta altura, desentendidos —de esos que prefieren pegarle de puntín para arriba—, en este mundo sobran”.